

JOSTEIN GAARDER

LA JOVEN
DE LAS NARANJAS

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Las Tres Edades Biblioteca Gaarder

Mi padre murió hace once años, cuando yo solo tenía cuatro. Creí que no volvería a saber nada de él, pero ahora estamos escribiendo un libro juntos.

He aquí las primeras líneas, las escribo yo, pero poco a poco irá participando también mi padre. Él tiene más que contar.

No estoy seguro de si me acuerdo de él, probablemente solo lo recuerdo porque lo he visto muchas veces en las fotografías que hay en casa.

Lo único que recuerdo con toda seguridad es algo que ocurrió una noche en que estábamos sentados en la terraza mirando las estrellas.

En una de las fotos, mi padre y yo estamos sentados en el sofá de piel amarillo del salón. Al parecer, él me está contando algo agradable. Aún tenemos ese sofá, pero mi padre ya no se sienta en él.

En otra foto estamos descansando en la mecedora verde, en la terraza acristalada. La foto está colgada aquí desde que murió mi padre. En este momento estoy sentado en la mecedora verde. Intento no mecarme porque estoy escribiendo

en un gran cuaderno. Más tarde lo pasaré todo a limpio en el viejo ordenador de mi padre.

También tengo algo que contar sobre ese ordenador, pero volveré a ese tema más adelante.

Siempre me ha resultado extraño conservar todas esas fotos viejas. Pertenecen a un tiempo distinto al de ahora.

En mi habitación tengo un álbum lleno de fotos de mi padre. Es un tanto siniestro tener tantas fotos de una persona que ya no vive. También conservamos vídeos suyos, me resulta un poco tétrico oír su voz. Mi padre tenía una voz estruendosa.

Quizá debería estar prohibido ver vídeos de personas que ya no existen, o que ya no están entre nosotros, como dice mi abuela. No me parece bien espiar a los muertos.

En alguno de los vídeos también puedo escuchar mi propia voz. Es aguda y chillona. Me recuerda a la de un pajarito.

Así era entonces: mi padre era el bajo y yo el tiple.

En uno de los vídeos estoy sentado sobre los hombros de mi padre intentando coger la estrella del árbol de Navidad. No tengo más que un año, pero casi logro engancharla.

Cuando mamá está viendo vídeos de mi padre y míos se echa de vez en cuando hacia atrás y se ríe mucho, aunque ella era quien en su momento estaba detrás de la cámara grabando. A mí no me parece bien que se ría cuando ve vídeos de mi padre. No creo que a él le hubiera gustado. Tal vez habría dicho que eso era incumplir las reglas.

En otro vídeo, mi padre y yo estamos sentados tomando el sol delante de nuestra cabaña en la montaña Fjellstølen. Es Semana Santa y tenemos cada uno media naranja en la mano. Yo intento sorber el zumo de la mía sin pelarla.

Seguro que mi padre está pensando en otras naranjas muy distintas.

Fue justo después de esa Semana Santa cuando mi padre se puso enfermo. Estuvo enfermo durante más de medio año y tenía miedo de morir. Creo que sabía que no iba a vivir mucho.

Mamá dice muchas veces que mi padre estaba especialmente triste porque tal vez iba a morir antes de tener tiempo de conocerme de verdad. La abuela dice algo por el estilo, solo que de una forma más misteriosa.

A la abuela siempre le sale una voz un poco rara cuando me habla de mi padre. Tal vez no sea de extrañar. Los abuelos perdieron a un hijo adulto. No sé cómo sienta eso. Afortunadamente, tienen otro hijo que vive. Pero la abuela nunca se ríe al mirar las viejas fotos de mi padre. En esas ocasiones está en un estado de recogimiento, según sus propias palabras.

Al parecer, mi padre había decidido que no se podía hablar en serio con un niño de tres años y medio. Hoy entiendo lo que quería decir con eso, y tú que estás leyendo este libro también lo entenderás.

Tengo una foto de mi padre acostado en la cama del hospital. En esa foto su cara está muy flacucha. Yo estoy sentado sobre sus rodillas mientras él me tiene cogido por las manos para que no me caiga encima de él. Intenta sonreírme. La foto está hecha solo unas semanas antes de que muriera. Me hubiese gustado no tener esa foto, pero, ya que la tengo, no puedo tirarla. Y tampoco puedo dejar de mirarla.

Hoy tengo quince años, o quince años y tres semanas para ser exacto. Me llamo Georg Røed y vivo en Humlevei

(camino del Abejorro) en Oslo, con mamá, Jørgen y Miriam. Jørgen es mi nuevo padre, pero yo lo llamo por su nombre. Miriam es mi hermana. Solo tiene año y medio y es demasiado pequeña aún para poder hablar seriamente con ella.

Como es natural, no existe ninguna foto o vídeo antiguos de Miriam y mi padre. El padre de Miriam es Jørgen. Yo fui el único hijo de mi padre.

Al final de este libro habrá una información espectacular sobre Jørgen. No se puede revelar ahora, pero quien lo lea lo sabrá.

Después de morir mi padre, los abuelos vinieron a casa para ayudar a mamá a ordenar las cosas que él dejó. Pero hubo algo importante que nadie encontró: un largo relato que mi padre había escrito antes de que lo llevaran al hospital.

En aquella época nadie sabía que mi padre había escrito un relato. La historia sobre «La Joven de las Naranjas» no apareció hasta el lunes pasado. Ese día la abuela fue al cobertizo de las herramientas del jardín, y encontró el relato dentro del forro de la sillita roja de niño que usaban para llevarme de paseo cuando era pequeño.

El por qué fue a parar allí sigue siendo un pequeño misterio. No creo que sea una casualidad, porque ese relato escrito por mi padre cuando yo tenía tres años y medio guardaba relación con aquella sillita, lo que no quiere decir que sea un cuento sobre sillitas de niños. Mi padre escribió la historia de «La Joven de las Naranjas» para que yo la leyera cuando fuera lo bastante mayor como para entenderla. Escribió una carta para el futuro.

Si realmente fue mi padre el que hace tanto tiempo metió esas hojas en el forro de la vieja sillita, debió de creer fir-

memente en ese dicho de que el correo siempre llega. He aprendido que puede ser una buena regla mirar detenidamente todas las cosas viejas antes de regalarlas para rastri-llos o tirarlas a un contenedor. Apenas me atrevo a pensar en todas las viejas cartas y cosas por el estilo que podrían encontrarse en un vertedero.

Llevo varios días pensando en eso. Opino que habría maneras mucho más sencillas de enviar una carta al futuro que meterla en el forro de una sillita de niño.

Alguna rara vez queremos que lo que escribimos no sea leído por nadie hasta pasadas cuatro horas, catorce días o cuarenta años. La historia de «La Joven de las Naranjas» era uno de esos casos. Se escribió para un niño llamado Georg de doce o catorce años, es decir para un chico llama-do Georg a quien mi padre todavía no conocía ni conocería nunca.

Pero ahora debemos dar un verdadero principio a esta historia.

Hace apenas una semana, al volver de la Escuela de Música, me encontré con la visita sorpresa de mis abuelos, que habían venido en coche desde Tønsberg, la pequeña ciudad donde viven. Iban a quedarse hasta la mañana siguiente.

También estaban allí mamá y Jørgen, y los cuatro tenían cara de expectación cuando entré en el cuarto de estar y me puse a quitarme los zapatos. Estaban sucios y llenos de barro, pero a nadie parecía preocuparle. Daban la impresión de estar pensando en otra cosa, y tuve la sensación de que algo flotaba en el aire.

Mamá dijo que ya había acostado a Miriam, lo que estaba muy bien, ya que habían llegado los abuelos y no son los abuelos de Miriam, claro. Miriam tiene sus propios abuelos paternos. También ellos son buenas personas, y de

vez en cuando vienen a casa, pero hay un refrán noruego que dice que la sangre es más espesa que el agua.

Entré en el salón y me senté en la alfombra. Todos estaban tan solemnes que pensé que había sucedido algo grave. No recordaba haber hecho nada malo en el colegio en los últimos días, había vuelto a la hora normal de la clase de piano, y hacía meses que no cogía una moneda de diez coronas de la encimera de la cocina, así que pregunté: «¿Ha ocurrido algo?».

La abuela empezó a explicar que habían encontrado una carta que mi padre me había escrito justo antes de morir. Se me hizo un nudo en el estómago. Hacía once años que mi padre había muerto y yo ni siquiera estaba seguro de acordarme de cómo era. Una carta de mi padre sonaba a algo muy serio, casi como un testamento.

De repente la abuela me alcanzó un gran sobre que tenía en las manos. Estaba cerrado y solo ponía «Para Georg». No era la letra de la abuela ni la de mamá, ni tampoco la de Jørgen. Abrí el sobre lleno de impaciencia y saqué un montón de hojas. Al ver lo que ponía arriba en la primera de ellas me sobresalté:

¿Estás cómodo, Georg? Es importante que estés bien sentado, porque voy a contarte una inquietante historia.

Me sentí aturdido. ¿Qué era aquello? Una carta de mi padre. Pero... ¿era auténtica?

«¿Estás cómodo, Georg?». En ese momento me pareció oír su voz estruendosa, no en vídeo sino la voz de mi padre, como si de repente estuviera vivo y sentado con nosotros en el cuarto de estar.

Aunque el sobre estaba cerrado antes de que yo lo abriera, pregunté a los mayores si habían leído ya la larga

carta, pero todos lo negaron con un movimiento de cabeza, y dijeron que no habían leído ni una sola frase.

«Ni una letra», dijo Jørgen. Parecía un poco tímido, lo cual no es típico de él. Pero quizá les dejara leer la carta de mi padre cuando yo la hubiera acabado, añadió. Creo que tenía mucha curiosidad por saber lo que ponía en ella. Tuve la sensación de que tenía mala conciencia por algo.

La abuela me contó por qué habían cogido el coche y habían venido a Oslo esa tarde. Fue porque creía haber resuelto un viejo misterio, dijo. Todo sonaba bastante misterioso, y de hecho lo era.

Cuando mi padre estaba enfermo le dijo a mamá que estaba escribiendo una carta para mí. Se trataba de una carta que yo leería cuando me hiciera mayor. Pero la presunta carta nunca apareció, y yo ya tenía quince años.

La novedad era que la abuela de repente se había acordado de otra cosa muy distinta que también dijo mi padre. Pidió que nadie tirase la sillita roja de paseo. La abuela dijo que se acordaba de cada palabra que mi padre había dicho sobre ese tema cuando ya estaba en el hospital. «No os desprenderéis nunca de la sillita, ¿verdad?», dijo. «No lo hagáis, por favor. Ha significado mucho para Georg y para mí en estos meses. Quiero que sea para él. Cuando tenga edad suficiente para entenderlo, decidle que yo quería que la conservara».

Por esa razón la vieja sillita no se tiró ni se regaló a ningún rastrillo de beneficencia. Incluso Jørgen había sido instruido al respecto. Desde que vino a vivir a Humleveien sabía que había una cosa que no podía tocar: la sillita roja de paseo. Tanto respetaba esa prohibición que insistió en comprar una silla nueva a Miriam. Tal vez no le gustara la idea de pasear a su hija en la misma sillita en la que mi padre unos años atrás me había paseado a mí. Pero también

podría simplemente ser porque quería una silla nueva y más moderna. Le gusta seguir la moda; mejor dicho, le gusta estar a la última.

Así que una carta y una sillita de niños. Pero la abuela tardó once años en resolver el rompecabezas. Por fin se había dado cuenta de que alguien debería ir al cobertizo de las herramientas y echar un vistazo a la vieja sillita. Y no se equivocó. La sillita no solo era una silla. Era un buzón.

Yo tenía claro si debía o no creerme esa historia. Nunca resulta fácil saber si los padres o los abuelos dicen la verdad, sobre todo cuando se trata de «asuntos delicados», como suele llamarlos la abuela.

Lo que más misterioso me resulta hoy es que a nadie se le ocurriera intentar conectar el viejo ordenador de mi padre once años atrás. ¡En ese ordenador escribió la carta! Claro que habían intentado encenderlo, pero no habían tenido imaginación suficiente para adivinar su clave personal. Tenía que tener como máximo ocho letras, así eran los ordenadores de entonces. Pero ni siquiera mamá logró encontrar la clave. Es increíble. ¡Y llevaron el ordenador al desván sin más!

Más adelante volveré a lo del ordenador de mi padre. Ya es hora de que le ceda la palabra a él, aunque intercalaré algún comentario mío en el camino. Además, escribiré un epílogo. Tengo que hacerlo, porque esa larga carta de mi padre es una pregunta muy seria. A él le importa mucho lo que yo conteste a esa pregunta.

Me dieron una botella de coca-cola y me llevé el montón de hojas a mi habitación. Para una vez que cierro la puerta con llave desde dentro, mamá protesta; pero se dio cuenta de que no sirvió de nada.

Era algo tan solemne leer una carta de una persona que ya no vive, que no soportaba la idea de tener a toda la fami-

lia dando vueltas a mi alrededor. Al fin y al cabo, se trataba de una carta de mi padre muerto hacía once años. Necesitaba tranquilidad.

Fue una sensación muy rara tener las hojas impresas entre las manos, era algo así como descubrir un álbum de fotos con fotos completamente nuevas de mi padre y mías. Fuera nevaba intensamente. Ya había empezado a nevar cuando volvía de la Escuela de Música. Pero la nieve seguramente no cuajaría. Estábamos a principios de noviembre.

Me senté en la cama y empecé a leer.

¿Estás cómodo, Georg? Es importante que estés bien sentado, porque voy a contarte una inquietante historia. Pero tal vez te hayas acomodado ya en el sofá de piel amarillo. Bueno, si es que no lo habéis cambiado por uno nuevo, qué sé yo. O también puedes haberte sentado en la vieja mecedora del jardín de invierno que tanto te gustaba. ¿O estás en la terraza? Es que no sé en qué estación te encuentro. Bueno, también puede ser que ya no viváis en Humleveien.

¡Qué sé yo!

No sé nada. ¿Quién es el primer ministro de Noruega? ¿Cuál es el nombre del secretario general de las Naciones Unidas? ¿Cómo le va al telescopio Hubble, sabes algo? ¿Los astrónomos han aprendido algo más sobre cómo está atornillado este Universo?

Varias veces he intentado imaginarme cómo será el mundo dentro de unos años, pero nunca he conseguido forjarme una buena imagen de ti y de cómo eres ahora. Solo sé quién fuiste. Ni siquiera sé la edad que tienes al leer esto. Tal vez tengas doce o catorce años, y yo, tu padre, salí del tiempo hace mucho.

La verdad es que ya me siento como un fantasma, y me pongo a jadear en busca de aliento cada vez que pienso en ello. Empiezo a entender por qué los fantasmas suelen aullar y hacer ruidos como un huracán. No es para aterrorizar a sus descendientes. Es solo porque les resulta difícilísimo respirar en una época distinta a la que fue la suya propia.

No solo tenemos un lugar en la vida. También tenemos un tiempo medido.

Así es, y no puedo hacer sino tomar como punto de partida todo lo que me rodea en este momento. Estamos en el mes de agosto de 1990.

Hoy, es decir, cuando leas esto, habrás olvidado la mayor parte de las vivencias que compartimos tú y yo en aquellos calurosos meses del verano en que tenías tres años y medio. Pero los días aún son nuestros, y todavía nos quedan muchos buenos ratos juntos.

Te diré en lo que pienso mucho últimamente: con cada día que pasa, y con cada pequeña cosa que tú y yo nos inventemos juntos, aumenta la posibilidad de que me recuerdes. Ahora cuento las semanas y los días. El martes estuvimos en la torre de Tryvann* contemplando la mitad del reino, como se dice en los cuentos. Pudimos ver hasta Suecia. Mamá también vino, estuvimos allí los tres. Pero ¿tú lo recuerdas?

Inténtalo al menos, Georg. Inténtalo, pues todo está dentro de ti.

¿Te acuerdas del gran tren BRIO? Juegas con él mu-

* Torre de acero levantada en una colina a las afueras de Oslo, desde donde se puede contemplar toda la capital y sus cercanías, además del fiordo de Oslo. (*N. de las T.*)

chas horas al día. Puedo verlo mientras escribo. El suelo está sembrado de raíles, vagones y barcos que transporta el tren; está todo exactamente como lo dejaste hace un momento. Al final, tuve que arrancarte de allí para que llegáramos a tiempo a la guardería. Pero es como si tus pequeñas manos aún estuvieran tocando las piezas. No me atrevo a quitar ni un solo raíl.

¿Recuerdas aquel ordenador en el que tú y yo jugábamos los fines de semana? Cuando era completamente nuevo estaba arriba en mi despacho, pero la semana pasada lo bajé al cuarto de estar. Ahora prefiero estar aquí, donde están todas tus cosas. Por las tardes también estáis mamá y tú aquí conmigo. Además, ahora también vienen los abuelos más a menudo. Eso está muy bien.

¿Te acuerdas del triciclo verde? Está resplandeciente en el caminito de gravilla. Si no lo has olvidado, será porque sigue en el garaje o en el cobertizo de las herramientas, aunque viejo y usado, supongo. ¿O acabó en un rastrillo?

¿Y la sillita roja, Georg? ¿Qué pasó con ella?

Al menos tendrás algunos recuerdos de todos esos paseos que dimos alrededor del lago de Sogn, o de todas las visitas a la cabaña en la montaña. Hemos estado allí tres fines de semana seguidos. Pero no me atrevo a preguntar más, tal vez no recuerdes nada de aquella época, Georg, que también fue la mía. Poco importa.

Dije que iba a contarte una historia, pero no es algo trivial encontrar el tono adecuado para esta carta. Supongo que he cometido el error de dirigirme al niño que me parece conocer tan bien, aunque cuando leas estas líneas ya no serás pequeño. Ya no serás el angelito de los rizos dorados.

Me oigo a mí mismo balbuceando como hacen las señoras mayores con los niños pequeños, lo cual es bastante tonto, porque yo me dirijo al Georg adulto, al que no tuve tiempo de conocer, con el que nunca me dio tiempo a hablar de verdad.

Miro el reloj. Hace solo una hora que volví a casa después de dejarte en la guardería.

Cuando cruzamos el arroyo, siempre quieres bajarte de la sillita para tirar un palo o una piedra al agua. Un día también encontraste una botella vacía de refresco y la tiraste. Ni siquiera intenté detenerte. Estos días se te permite hacer más cosas que de costumbre. Y cuando llegamos a la guardería, sueles entrar corriendo antes de que hayamos tenido tiempo de despedirnos. Eres tú el que más prisa tiene. Es curioso. A menudo parece que la gente mayor tiene menos prisa que los niños pequeños, que tienen toda la vida por delante.

No es que yo sea muy mayor, creo que puedo decir que aún soy un hombre joven, al menos soy un padre joven. Y sin embargo me hubiera gustado poder detener el tiempo. No me hubiera importado que uno de estos días durase eternamente. Claro está que llegaría primero la tarde y luego la noche, pues el día tiene su propio ritmo, su propio ritmo cíclico, pero el día siguiente podría empezar exactamente donde empezó el anterior.

Ya no siento necesidad de ver o vivir más cosas de las que he vivido. Lo que sí desearía fervientemente es mantener lo que tengo. Pero los ladrones me acechan, Georg, unos huéspedes que jamás han sido invitados han empezado a chuparme la energía vital. Deberían avergonzarse de ello.